

RENACIDO PARA UNA ESPERANZA VIVA

Viví, hasta 1995, una vida saturada de placeres carnales. Tenía auto, posición, y relativo poder sobre cientos de hombres. Invertí una buena parte de mi vida adulta en borracheras, que en no pocas ocasiones se extendían al punto de constituir pésimos ejemplos para mi familia, vecinos y amistades. Fornicaba, cometía adulterio. Blasfemaba con insistente frecuencia; me reía de todo tipo de creyentes o los trataba con irónico desdén. Me consideraba un “legítimo ateo”. Contrincaba con todo religioso, refutando a veces con ira todo fundamento de fe. Era, pues, ateo activo y combativo contra la fe.

Los pecados no cometidos por mí fueron la excepción; casi completé la violación de los Diez Mandamientos. Me consideraba, repito, poderoso, infalible e intocable. Consideraba mi entonces vida disoluta y egoísta como un premio que juzgaba muy merecido.

No tomaba en cuenta que mi esposa, enclaustrada en la casa la mayor parte del tiempo, se acercaba más a ser esclava que la pareja con la que debía compartir dichas y aflicciones. Ella era el puerto seguro al que regresaba tras las tempestades

desatadas por los vientos inicuos que sembraba. De modo insensible e impúdico, regresaba a su proverbial paciencia, paciencia que yo pagaba no pocas veces con ofensas y maltratos de palabras.

Mi ejemplo para mis hijos era totalmente deformador. Y me engañaba e intentaba engañar a los demás, de que “el espíritu era por sustancia lo material”. Lo que se poseía, o disfrutaba materialmente, era la “fuente de mi felicidad”.

Realmente, no era ni remotamente feliz, y por supuesto mucho menos mi familia. Con más frecuencia que retardo, caía en profundos estados de depresión espiritual. Así, tras consultar psicólogos, estudiar “Yoga”, etc., me decidía en ocasiones a buscar remedio en la Biblia. No lo encontraba, y por supuesto, no podía encontrarlo. Mi sed de paz me llevaba a la fuente de paz, pero mi endurecido y entenebrecido corazón cegaban mi espíritu y razón. No sabía entonces que a la Palabra de Dios y a Dios mismo debemos, como se nos dice en Hebreos 10:22, acercarnos con corazón sincero, y que en esa sinceridad debe estar nuestra convicción de que somos pecadores, transgresores de la voluntad de Dios, y que sólo incluyendo el arrepentimiento, entre otras virtudes, podremos reconciliarnos con quien SÍ puede darnos felicidad y gracia en abundancia. En

resumen, me encontraba en la triste “vanguardia” de los que vivían – y aún viven muchos – en completa rebeldía, sin estar reconciliado con Dios.

Así, el 14 de agosto de 1995, un accidente automovilístico, en el cual sufrí grandes y graves quemaduras, me puso en el umbral de la muerte. Fui recluido en la Sala de Terapia Intensiva de la Unidad de Quemados, en el Hospital Miguel Enríquez en Luyanó. Una noche, de intensa agonía, estando ya desahuciado por los médicos, un enfermero cristiano, el hno. Ricardo, quien por mi extremo estado crítico, me atendía a mí sólo. Ya de noche, se sentó junto a mi lecho de moribundo, y me preguntó si yo creía en Dios. En mi angustia, más que por convicción, buscando una esperanza, le dije que “sí”. Entonces él me pidió permiso para orar al Señor para que Su todopoderosa mano, me explicó Ricardo, lograra en mí lo que había resultado imposible a un muy calificado equipo de médicos. Entonces, durante horas él estuvo leyéndome pasajes del libro de Job y orando. Ya de día, al efectuarse los médicos la acostumbrada ronda diaria de visitas, los signos que, según ellos, indicaban mi inminente muerte, habían cedido en grado muy evidente.

Desde entonces, tras esa noche, cada día y cada minuto de una agonía que se prolongó por casi tres

años, acudía a Cristo, pidiéndole alivio de mis intensos dolores, fuerzas para soportar cruentas curaciones. Baste decir que estuve casi un año acostado sobre mis espaldas sin apenas tener fuerzas para llevar una cucharada de comida a mi boca. Hicieron múltiples y complejas intervenciones quirúrgicas en mi cuerpo, tratando de restituir un sin número de graves complicaciones en las que fui cayendo una tras otra. Al final, he quedado con severas limitaciones físico-neuromotoras que me obligan usar una silla de ruedas.

Había, entonces, “perdido” mi disoluta vida, pero había ya ganado **vida nueva en Cristo Jesús**.

Durante mi convalecencia, me visitaba un viejo amigo, convertido a Cristo, quien me enseñaba el conocimiento de la Palabra. Ahora SÍ, bebía de esa inagotable fuente con corazón sincero. Pedí perdón a nuestro Creador, acepté definitivamente a Cristo, le pedí me permitiera entregarle lo que quedara de mi vida, y aún con las heridas abiertas, me sumergí en el bautismo cristiano en la costa habanera, asistido por el hermano Manuel Bermúdez Piera, mi antiguo amigo convertido en cristiano, a quien debo mis primeros pasos en los estudios de la Palabra.

Al fin, gracias a Dios, me reconcilié con Él, no por mis propios esfuerzos, sino por Su amor, y Su

misericordia, quien por gracia me hizo salvo.

Hoy, gozoso, puedo expresar mis actuales sentimientos diciendo como el apóstol Pablo, que lo perdido de mi antigua vida pecadora, “lo tengo por basura”, porque a la vez he ganado a Cristo. Me he reconciliado con Dios, quien me ama y me sostiene, viviendo en la certeza de alcanzar **Vida Eterna** según Su promesa.

Lázaro Reyes Cairo
Calle F 265-C e/ 3ra. y 4ta.
Rpto. Poey, Arroyo Naranjo
Ciudad Habana, CP 10900
CUBA

Lo que usted debe hacer según las Escrituras

Creer	Juan 6:29
Confesar	Mateo 10:32
Arrepentirse	Hechos 3:19
Bautizarse	1 Pedro 3:21
Andar en la luz	1 Juan 1:7
Ser fiel	Apocalipsis 2:10
Hacer discipulos	Mateo 28:19

Los encarcelados pueden escribir a la dirección de abajo para conseguir cursos bíblicos gratuitos en español.

ARM PRISON OUTREACH INTERNATIONAL
P.O. Box 1490 • Joplin, MO 64802-1490
Telf.: (417) 781-9100 • Fax: (417) 781-9532

e-mail: Info@arm.org • Sitios web: www.arm.org y www.abarc.org

RENACIDO PARA UNA ESPERANZA VIVA



LÁZARO REYES CAIRO
Ciudad Habana, Cuba